

### CAPITULO LXXXIII.

Sancho IV el Bravo.—Los Merinitas invaden la Andalucía.—Sancho acude contra ellos.—Entrevista que celebró en Bayona el rey de Castilla, con Felipe el Hermoso, de Francia.—Poderio de D. Lope de Haro.—Disturbios que produjo su favor.—Sangriento desenlace de las Cortes de Alfaró.

Con la muerte de su padre D. Alfonso el *Sábido*, calmóse algún tanto el inquieto afán de su hijo Sancho, cuya sola aspiración había sido aquella corona de Castilla, tan poderosa y respetada ya.

Encontrábase en Avila cuando recibió la noticia del fallecimiento de su padre y después de celebrar magníficas exequias, dirigióse á Toledo en compañía de su esposa D.<sup>a</sup> María de Molina donde se hizo reconocer y jurar como rey de Castilla, haciendo á su vez fuese reconocida y jurada como su sucesora, la infanta D.<sup>a</sup> Isabel, su hija única á la sazón, que contaba dos años, para en el caso de que no tuviese otros hijos varones.

Por medio de este acto quedaba de nuevo excluida de la herencia del trono la sucesión directa de los hijos de su hermano mayor D. Fernando, lo cual fue origen de tantos disturbios en Castilla.

Su otro hermano D. Juan, quiso reservarse la soberanía de los reinos de Sevilla y Badajoz que su padre le dejara en virtud de su segundo testamento, disponiéndose á sostener sus derechos por medio de las armas, pero acudiendo D. Sancho con aquella rapidez que caracterizaba todas sus acciones, echó por tierra sus proyectos y penetró en la villa, donde fue recibido con las mayores muestras de afecto.

Mahommed II, rey de Granada, envióle embajadores manifestándole, que pues había sido amigo y aliado de su padre, deseoso de continuar siéndolo también suyo, quería conocer sus intenciones.

D. Sancho contestó con alguna altanería que á todo se encontraba dispuesto y que en una mano tenía el pan y en otra el palo, que escogiese la que mejor fuera de su agrado (1); jactanciosa respuesta que mas tarde tuvo sus consecuencias.

El musulmán dominó por entonces su resentimiento pero preparóse para vengarle y D. Sancho á su vez recelando algo, envió á buscar á un marino genovés, famoso á la sazón, llamado Micier Benito Zacharia, el que trajo doce galeras genovesas recibiendo el título de almirante de la flota castellana con el haber de seis mil doblas mensuales y la obligación de mantener constantemente en el Puerto de Santa María una galera dispuesta para el servicio del rey.

En aquel mismo año de 1284 celebró cortes en Sevilla el rey D. Sancho, en las cuales anuló muchos de los privilegios que otorgara á los pueblos, que siendo infante, tomaran su partido en sus rebelías contra su padre, lo cual produjo algunas alteraciones en el reino, alteraciones que el monarca, estinguió haciendo aquellas terribles justicias, que al decir de su «crónica» consistían en «matar á unos, desheredar á otros y á otros echarlos del reino tomándoles sus haciendas.»

En la entrevista que después de las cortes que hemos mencionado, tuvo con el rey de Aragón en Ciria, celebraron un tratado por el cual se comprometieron á ayudarse recíprocamente, contrato del que al reclamar mas tarde su cumplimiento el aragonés al estallar la guerra que le moviera el rey de Francia, no fue atendido por el castellano, á quien anticipadamente, según espusimos en otro lugar, había enviado embajadores Felipe el *Atrévado* para que no prestase apoyo á D. Pedro de Aragón.

La razón que dió D. Sancho para justificar su incumplimiento, fue que no podía distraer fuerza alguna de su reino, pues los musulmanes merinitas habían invadido sus estados y necesitaba acudir contra ellos.

Así era en efecto; el rey Abu-Yussuf de Marruecos penetró por Andalucía, devastando las tierras de Alcalá de los Gazules y Medina Sidonia, hasta poner cerco á Jerez.

D. Sancho, á principios del año 1285, reunió á todos los caballeros y espresóles la necesidad en que estaba de que le ayudasen á rechazar al infiel invasor. Todos le ofrecieron su apoyo y el monarca se dirigió á Sevilla donde se le habían de reunir aquellos.

Su hermano D. Juan y D. Lope Diaz de Haro, favorito de D. Sancho, acudieron con un cuerpo escogido de caballeros y entonces el castellano emprendió la marcha hacia Jerez mientras el almirante Benito Zacharia al frente de una armada que constaba de cien naves, se dirigió hacia el Estrecho, para cortar toda comunicación entre Africa y España.

Abu-Yussuf intimidóse ante semejantes disposiciones y levantando el cerco de Jerez se retiró á Algeciras, no persiguiéndole D. Sancho á pesar de sus deseos, por la oposición que á ello manifestaron el infante y D. Lope Diaz, amenazándole con que de no hacerlo, se retirarían, dejándole solo (2).

El monarca de Castilla hubo de ceder, mal de su grado, dejando socorridas las poblaciones de Jerez, Medina Sidonia y Alcalá y regresando á Sevilla.

La consecuencia de la actitud enérgica que había tomado D. Sancho, fue, que tanto el rey de Granada como Abu-Yussuf enviaron proposiciones de paz al castellano y como este se inclinara mas en favor de las del segundo que de las del primero, su hermano y D. Lope que opinaban por las de este, desavinieron con él y se

(1) Crónica del rey D. Sancho el *Bravo*, cap. I.  
(2) El padre Mariana rehíere este hecho completamente distinto, suponiendo que fue el rey quien mas aficionado á la paz que á la guerra se empeñó en retirarse á pesar de los deseos de sus soldados. No sabemos de donde pudo tomar este el mencionado historiador, pues la misma crónica de D. Sancho el *Bravo* manifiesta que sucedió tal como nosotros lo indicamos. (Crónica de D. Sancho, cap. II).

retiraron á sus tierras, dando comienzo con esto una serie de disgustos que atrajeron graves males sobre el país.

El día 6 de diciembre de 1285 dió á luz la reina D.<sup>a</sup> María un infante á quien se puso por nombre Fernando y el cual fue reconocido un mes después, como legítimo sucesor y heredero del reino.

Ajustada ya la paz con el rey de Marruecos, trató D. Sancho de afianzar sus relaciones con el nuevo rey de Francia Felipe el *Hermoso*, tanto por evitar que favoreciese las pretensiones de los infantes de la Gerda, cuanto porque estando como estaba en muy buenas relaciones con el Papa, podría por su mediación, obtener la dispensa del parentesco que mediaba entre D. Sancho y su esposa.

El obispo de Calahorra fue el encargado de negociar todo esto en compañía del abad de Valladolid D. Lopez Garcia.

El monarca francés recibió con extraordinario agrado á los enviados, pero lejos de acceder á lo que deseaban, indicó que siendo ilegítimo el enlace de D. Sancho con D.<sup>a</sup> María, vería con gusto su separación, ofreciéndole para este caso por esposa á una de las princesas de Francia, sus hermanas.

Al saber el castellano las exigencias del francés, irritóse de tal modo, que ordenó á sus embajadores se retirasen, pues precisamente á todo hubiera accedido menos á separarse de D.<sup>a</sup> María á quien amaba extraordinariamente y que era dama de gran inteligencia y discreción.

A la par que con toda energía obraba con respecto á los asuntos exteriores, daba una prueba marcada de debilidad accediendo, á pesar de hallarse desavenidos ya, á las exigencias de D. Lope Diaz de Haro.

Por fallecimiento de D. Pedro Alvarez, mayordomo del rey, pidióle D. Lope esta plaza y la de Alférez mayor del reino y se las concedió. Pidióle que le hiciese conde con todas las facultades que en lo antiguo tenían estos y también le fue otorgado.

A D. Diego, hermano de D. Lope, dió, á título de hereditario, el adelantamiento de la frontera, quedando de este modo, castillos, mando del ejército, gobernación de la casa real y mandos de la frontera, en poder de aquella orgullosa familia que era mas poderosa que el mismo monarca.

Así fue que sus exigencias fueron en aumento obteniendo también que fueran arrojados de palacio la nodriza de la infanta D.<sup>a</sup> Isabel y todas sus hechuras, consiguiendo con esto enconar doblemente el resentimiento de la reina que veía con profundo pesar la marcha de su esposo respecto á aquel favorito.

Sin embargo, D.<sup>a</sup> María con su gran prudencia comprendió que debía solamente dejar al tiempo que desengañase á D. Sancho y no ser ella quien arrojase la manzana de la discordia.

El desmedido orgullo de aquel magnate, y los agravios que de ello recibían varios caballeros por acceder el monarca á cuanto aquel le pedía, hicieronle saltar por fin y exponiendo sus quejas al monarca, obligáronle á pensar en lo que hacia.

Entonces abrió los ojos y conoció todo el inmenso peligro en que se hallaba por su ilimitada confianza.

Sin embargo, comprendió que debía proceder con suma cautela, pues eran muy poderosos sus adversarios.

En las cortes celebradas en Toro en 1287 encontró el pretexto que buscaba, pues solicitando los reyes de Aragón y de Francia el apoyo del castellano en las diferencias que continuaban entre ellos, D. Lope, el infante D. Juan y sus partidarios, opinaron porque debía darse al aragonés, mientras la reina, el arzobispo de Toledo y varios ricos hombres, creían mas conveniente hacerlo al rey de Francia.

D. Sancho mostróse favorable á esto, con lo cual D. Lope y los suyos marcháronse disgustados, comenzando el infante D. Juan á correr las tierras de Salamanca y Leon, en son de guerra.

Al quejarse el rey á D. Lope de esto, contestóle el altivo magnate que aquello lo hacia por su mandato.

Todavía se dominó el monarca y trató de reunir nuevas cortes en Alfaró á pretexto de terminar los asuntos que quedaron pendientes en las de Toro.

Reunidas estas en 1287 en la indicada poblacion y una vez comenzado á tratar el asunto de las alianzas, salió el rey del aposento en que se hallaba, diciendo: *finad vos aquí en el acuerdo, ca luego me verné para vos y decirme heis lo que ovieredes acordado.*

Enteróse de que las fuerzas con que contaba eran superiores á las de sus adversarios y volviéndose al salón preguntó: *¿Avedes ya acordado?—Entrad Señor y decíroslo hemos—le respondieron.—Ayna lo acordastes, pues yo con otro acuerdo vengo,—dijo el rey,—y es que vos ambos finquedes aquí conmigo fasta que me dédes mis castillos (1).*

D. Lope y D. Juan á quienes el rey se dirigió, trataron de resistirse llamando á los suyos y tratando de herir al rey, pero D. Lope fue muerto por varios caballeros lo mismo que su hermano D. Diego y el infante D. Juan salvó la vida, merced á la protección de la reina D.<sup>a</sup> María que acudió al rumor de la refriega, quedando preso en poder del rey.

(1) Crónica de D. Sancho el *Bravo*, cap. V.



ALFONSO PEREZ DE GUZMAN (EL BUENO) EN TARIFA.

Riera Editor: Barcelona Robador, 24 y 26.

## CAPITULO LXXXIV.

Graves disturbios á consecuencia de lo ocurrido en las cortes de Alvaro.—Los Infantes de la Cerda.—Entrevista de D. Sancho con el rey de Francia.—Justicias del rey de Castilla.—D. Juan Nuñez de Lara.—Falsificaciones de documentos.—Toma de Tarifa por D. Sancho el Bravo.—El Infante D. Juan.—Heróica accion de Alfonso Perez de Guzman, el Bueno.

El sangriento desenlace que habian tenido las cortes de Alvaro, segun hemos indicado en el capitulo anterior, produjo una complicada serie de guerras, en las cuales, á pesar de algunas ventajas parciales obtenidas por el monarca, no tuvo otro remedio que dejar impunes ciertos hechos por la necesidad en que se hallaba de no agriar por completo á aquella nobleza turbulenta y dada á las rebeldias.

El rey de Aragon, no muy bien avenido con D. Sancho por la preferencia que este parecia dar á los franceses, aprovechó la ocasion que le ofrecian los mismos valedores del conde de Haro que fueron á suplicarle pudiese en libertad á los infantes de la Cerda, y accediendo á ello, los rebeldes proclamaron como rey de Castilla á D. Alfonso de la Cerda, haciéndole pleito homenaje.

Vizcaya y gran parte de Castilla la Vieja pusieronse en armas contra D. Sancho.

No se amilanó este por tamaños contratiempos. Arrojóse contra algunos castillos de los rebeldes y apoderándose de ellos á pesar de la resistencia que encontraba, castigaba con una severidad terrible á los que les defendian, tratando de ahogar en sangre aquella formidable rebelion.

Desde Vitoria, donde fué á ver á la reina que acababa de dar á luz un niño que se llamó Enrique, marchó á Portugal, celebró una entrevista con el rey D. Dionis y obtenida de él ayuda de gentes de guerra, púsose al frente de su hueste, sobre la villa de Almazan.

La guerra prosiguió con encarnizamiento sostenida por los partidarios de la casa de Haro, el vizconde Gaston del Bearn y el rey D. Alfonso III de Aragon que protegía abiertamente al infante don Alfonso de la Cerda, proclamado como rey de Castilla, en Jaca, segun ya hemos dicho.

La entrevista que D. Sancho habia de celebrar con el rey Felipe IV de Francia por el mes de abril de 1289, no pudo tener lugar y el monarca de Castilla vióse obligado á dirigirse precipitadamente á Extremadura, donde tambien habia llegado el fuego de la insurreccion.

Los dos partidos de bejaranos y portugueses hacíanse cruda guerra en Badajoz y sin obedecer las cartas y mandatos del monarca, concluyeron por apartarse de su servicio los bejaranos, aclamando por su rey al de la Cerda.

D. Sancho envió contra ellos á los maestros de las órdenes militares, los cuales despues que ofrecieron á los sublevados en nombre del rey perdonarles la vida, les castigaron con tanta crueldad que segun refieren las crónicas, el número de muertos entre hombres y mujeres elevóse á «cuatro mil, ó mas.»

En Toledo castigó tambien el monarca con una crueldad extraordinaria á multitud de caballeros, y en Talavera y Avila puso coto por medio de terribles ejecuciones á los desmanes y saqueos con que los malhechores ó los sediciosos traían perturbado el país.

Semejante manera de administrar justicia por mas terrible que hoy nos parezca, dadas las costumbres y las necesidades de aquel tiempo, hubiera llegado tal vez á estirpar los males que aquejaban al reino, si los desaciertos del mismo monarca no les prestaran mayor incentivo.

Á la privanza del de Haro, sucedió la de D. Juan Nuñez de Lara, hombre revoltoso y turbulento que habia permanecido algun tiempo al servicio del rey de Francia, y que unido ahora al castellano contra el aragonés, no cesó de dar repetidas muestras de su astucia, de su ambicion y de su intrigante carácter.

La nobleza castellana mostróse celosa y resentida por los favores otorgados á D. Juan Nuñez, y reuniéndose, aunó sus esfuerzos para separarle de la gracia del monarca.

Para esto falsificaron cartas, firmas y sellos, por medio de las cuales avisaban al de Lara que el Rey trataba de asesinarle, al mismo tiempo que á este le mostraban otras por las que aparecia que aquel se hallaba en connivencia con el infante de la Cerda (1).

Al saber D. Juan Nuñez de lo que se trataba y temeroso de lo que podria sucederle, separóse del servicio del rey, siendo necesario que D.<sup>a</sup> María de Molina, esposa del monarca, tratase de convencerle de la falsedad de aquellas imputaciones, empleando toda su prudencia y discrecion para conseguir que desistiera de su propósito.

Sin embargo, el paso estaba dado ya; el de Lara exigió que se le entregasen algunos castillos en rehenes, para volver al lado del rey, y como este no accedió, marchóse á Aragon, haciendo cruda guerra á D. Sancho en union con los confederados.

Otra vez tornó la reina á intervenir entre el monarca y el descontento favorito, pues era necesario á todo trance quitar fuerzas á los aliados, exigiendo el de Lara para volver al lado del monarca no solamente que le diera los castillos de que hemos hecho mencion, sino varios de sus mejores caballeros y aun la mano de D.<sup>a</sup> Isabel de Molina, sobrina de la reina, para su hijo D. Juan Nuñez.

(1) Por mas extraño que parezca lo de estas falsificaciones, en la crónica de D. Sancho el Bravo, encontramos un Fernan Perez, natural de Ubeda, que presentó al monarca varias cartas de ricos hombres y caballeros de Castilla, las cuales eran falsas, segun denuncia hecha por uno que iba con él, y que se hallaba resentido porque no le habia dado participacion en las mercedes que otorgaba. Mandóse prender el rey, y en su poder se hallaron los sellos falsos de los mas nobles caballeros del reino, por cuyo delito se les mandó matar. Crón. de D. Sancho el Bravo, cap. VIII.

A todo hubo que acceder, que á semejantes extremos se veia obligada la corona en las épocas que historiamos segun hemos tenido ocasion de demostrar varias veces, sin que por esto terminaran las desavenencias entre el rey y el favorito, desavenencias que concluyeron finalmente retirándose á Francia D. Juan Nuñez de Lara, de donde como dice muy oportunamente un historiador contemporáneo, valiera mas que no hubiera venido.

En el año 1291 y á consecuencia de la muerte del rey de Aragon, termináronse las diferencias que separaron á Castilla de Aragon, y D. Jaime II que subió á ocupar aquel trono, ajustó paces con el castellano, pidiéndole la mano de su hija la infanta Isabel que solo contaba nueve años de edad y en la entrevista que para tratar de estos asuntos celebraron en Soria, quedó convenido tambien que D. Jaime auxiliaria á D. Sancho en la expedicion que proyectaba contra los infieles, con once galeras.

Esta expedicion era el sueño dorado, por decirlo así, de D. Sancho de Castilla, sueño que no pudo realizarse hasta entonces por las continuas guerras que se habia visto precisado á sostener.

El nuevo emir de Marruecos habiase desavenido con Mahomet II, rey de Granada, y á consecuencia de esta escision, envió un cuerpo de tropas á Algeciras el cual inmediatamente puso cerco á la plaza de Veger.

El granadino reclamó la ayuda del castellano en virtud de los pactos que tenian celebrados, y D. Sancho envió una flota al mando de Micer Benito Zacharia de Génova, ante la cual y temeroso de que le fuera cortada la retirada, huyó el africano, persiguiéndole la flota castellana hasta Tanger, incendiando á la vista del emir y de sus soldados, cuantos buques sarracenos pudo encontrar.

D. Sancho comprendió que debía á todo trance sacar partido de aquel primer hecho de armas, y en su consecuencia dispuso la hueste, embarcarse con ella en Sevilla y aunque su primera idea fue la de poner cerco á Algeciras, por consejo de sus capitanes cayó sobre Tarifa, plaza mucho mas importante que aquella.

Si con valor combatiéronla los castellanos, no con menos valor y obstinacion defendiéronla los agarenos.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos, no tuvieron mas remedio que sucumbir, penetrando á viva fuerza el ejército castellano en la plaza, en 21 de setiembre de 1292.

Una vez encomendada la defensa al maestre de Calatrava, quien mas tarde hubo de dejarla á D. Alfonso Perez de Guzman, el rey bastante enfermo, regresó á Sevilla.

Un nuevo disgusto de mayor cuantía que los anteriores, habia de gustar al monarca castellano, cuya existencia no habia sido mas que una perpétua agitacion.

Su hermano D. Juan, aquel á quien vimos prender en las cortes de Alvaro, apenas fue puesto en libertad por el rey, alzóse contra él en union de D. Juan Nuñez de Lara, hijo del que segun hemos dicho, se habia retirado á Francia.

Revolvióse furioso contra ellos el rey de Castilla y de tal modo les acosó, que D. Juan Nuñez imploró la clemencia del monarca, ofreciendo servirle lealmente en lo sucesivo, mientras el infante D. Juan buscaba un asilo en Portugal, desde donde hacia cuanto mal podia á su hermano.

Esta accion del joven D. Juan Nuñez hizo tambien que su padre acompañado de su otro hijo, abandonase el país en que se hallaba, viniendo á ponerse de igual manera á merced de D. Sancho.

El rey D. Sancho exigió del portugués que espulsara de su reino á su hermano, y despedido este, marchó á Tánger donde ofreció al emir de Marruecos poner en su poder la plaza de Tarifa, si le daba algunas fuerzas.

Aceptó aquel y el indigno, porque no otra calificacion podemos dar á quien obra como el infante, fuese á poner al frente de la plaza, batiendo sus muros con los ingenios y máquinas conocidos hasta entonces.

Alfonso Perez de Guzman, que como hemos dicho, se habia encargado de la defensa, hizola con un valor extraordinario, y habiendo conseguido el perverso infante apoderarse de un hijo de don Alfonso, intimó á este la rendicion, amenazándole con que de no hacerla, daria muerte al tierno niño.

¡Horrible amenaza que llevó á cumplido efecto al contestar el valiente castellano: *Antes querré que me matais ese hijo y otros cinco si los tuviese, que daros esta villa que tengo por el rey!*

El cobarde infante degolló á la inocente criatura con el cuchillo que desde el adarve arrojara su propio padre.

Pero inútil fue tan cobarde accion; la plaza no se rindió, el infante y sus auxiliares hubieron de retirarse, y el heróico castellano alcanzó el renombre de *Guzman el Bueno*, con que le ha conocido la posteridad.

En el mismo año ó sea en el 1294, el rey de los Beni-Merines, cedió la ciudad de Algeciras al rey de Granada, mediante una gruesa cantidad de dinero, y en el mismo año agravándose la enfermedad que el rey habia contraido en Tarifa, otorgó su testamento en Alcalá de Henares ante el arzobispo de Toledo y otros prelados, señalando por heredero á su primogénito D. Fernando, muriendo en el mes de abril de 1295 en la ciudad de Toledo.



ENTRADA DE LOS ARAGONESES EN EL REINO DE VALENCIA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.